

6. No un análisis sobre uno mismo, sino una correspondencia a las exigencias del corazón

por Julián Carrón*

Nos lo recordó el papa Francisco el 7 de marzo de 2015. La moral cristiana nace de aquí: «Gracias a este abrazo de misericordia vienen ganas de responder y cambiar, y puede brotar una vida diversa. La moral cristiana no es el esfuerzo titánico, voluntarista de quien decide ser coherente y lo logra, una especie de desafío solitario ante el mundo. No. Esta no es la moral cristiana, es otra cosa. La moral cristiana es respuesta, es la respuesta conmovida ante una misericordia sorprendente, imprevisible, incluso “injusta” según los criterios humanos, de uno que me conoce, conoce mis traiciones y me quiere lo mismo, me estima, me abraza, me llama de nuevo, espera en mí, espera de mí»¹.

En este mismo sentido don Giussani subraya que el inicio de una moralidad humana –*de una moralidad plenamente humana*– es un acto de amor, no una ley o un sentido del deber. «El “sí” de Simón a Jesús no se puede considerar como la expresión de un sentimiento [a veces lo reducimos a esto], sino que es el inicio de un camino moral que o se abre con ese “sí” o no se abre. El origen de la moral humana no es el análisis de los fenómenos que abarrotan la existencia del yo, ni el análisis del comportamiento humano con vistas al bien común». No habría que quitar ni una coma. «Esto podría ser el principio de una moral laica abstracta, pero no de una moral humana»². Si no lo reconocemos, en nombre del cristianismo haremos pasar por moral cristiana lo que en realidad es solo una moral laica abstracta. En cambio, el inicio de una «moral humana» es un acto de amor. «La vida del hombre consiste en el afecto que principalmente la sostiene y en el que encuentra su mayor satisfacción»³, que es el modo con el que Cristo se justifica ante nosotros. La mayor satisfacción es, de hecho, una correspondencia a las exigencias del corazón. Solo porque encuentro en Cristo la mayor satisfacción se genera en mí –¡en mí, en cada uno de nosotros!– un afecto por Él que puede sostener toda la vida. «El origen de la moralidad humana es un acto de amor. Por eso se requiere una presencia, la presencia de alguien que conmueva a nuestra persona, que recoja todas nuestras energías y las dirija hacia un bien que nos es desconocido y que, sin embargo, deseamos y esperamos: ese bien que es el Misterio»⁴. Sin esta Presencia nunca lograremos mantener unida nuestra persona. «Cristo me atrae por entero, ¡tal es su hermosura!»⁵. Cristo atrae todo de mí, me atrae por entero. »

* Del cuadernillo de los Ejercicios espirituales de la Fraternidad de Comunión y Liberación 2016.

© 2016 Fraternità di Comunione e Liberazione para los textos de J. Carrón «Con amor eterno te amé, tuve piedad de tu nada».

» «El diálogo entre Jesús y Pedro acaba de una forma extraña. Este, que empieza a seguir a Jesús, está preocupado por el más joven, Juan, que era para él como un hijo: “Y, viéndolo, le dijo a Jesús: ‘Señor, ¿y él?’. Jesús le respondió: ‘No te preocupes por él, tú sígueme’”. Ese “sí” va dirigido a una Presencia que dice: “Sígueme [¡ahí está todo!], deja tu vida” [en mis manos]. “*Jesu tibi vivo, Jesu tibi morior. Jesu, sive vivo, sive morior, tuus sum*”. Tanto si vives como si mueres, eres mío. Me perteneces. Yo te he hecho. Soy tu destino. Soy tu significado y el del mundo»⁶. No hay nada que nos satisfaga como Él.

Es impresionante la conciencia que tiene don Giussani de qué es lo que mueve al hombre en lo más profundo de su ser. A diferencia de nuestro presunto «realismo», solo una presencia es capaz de aferrar nuestra intimidad hasta ponerla en movimiento y hacernos desear cambiar. Si esto no sucede, todo lo demás es palabrería, es un mero balbuceo de intentos ineficaces. Un instante de este movimiento, un instante de la simpatía que Cristo suscita vale más que todos los propósitos que podamos hacer; un instante de preferencia visceral hacia Cristo vale más que cualquier otra cosa. De hecho, sin una Presencia que domine la vida, una Presencia a la que podamos abrazar, el «sí» no consigue arraigar en nosotros. Solo el atractivo poderoso de su Presencia es capaz de despertar una simpatía tal que prevalezca sobre la coherencia o la incoherencia, incluso sobre las cuentas numéricas. Solo una Presencia llena de misericordia puede despertar el amor, que es el comienzo de la moralidad.

¹ Francisco, *Discurso al movimiento de Comunión y Liberación*, Plaza de San Pedro, 7 marzo 2015.

² L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, Encuentro, Madrid 1999, p. 86.

³ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologiae*, IIa, IIae, q. 179, a.1.

⁴ L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, op. cit., p. 86.

⁵ Jacopone da Todi, «Como l'anima se lamenta con Dio de la carità superardente in lei infusa», *Lauda XC*, en *Laude*, Libreria Editrice Fiorentina, Florencia 1989, p. 313.

⁶ L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, op. cit., pp. 86-87.